

1992: ¿Despliegue anticipado de la SDI?

RAFAEL LUIS BARDAJI,

Miembro del Instituto de Estudios Estratégicos del CESEDEN,
del Instituto de Estudios Estratégicos de Londres
y del Centro de Estudios Ortega y Gasset

A pesar de que cuatro años más tarde de su lanzamiento el programa de defensas antimisiles balísticos patrocinado por la Administración Reagan, SDI, Iniciativa de Defensa Estratégica o "guerra de las galaxias", sigue levantando tantas polémicas y escepticismos en la comunidad científica y política americana como al inicio de la investigación, desde hace unos meses el Pentágono, por boca de su máximo representante, el secretario de la defensa, Caspar Weinberger, viene pregonando la idea de que un despliegue anticipado de la Defensa Estratégica sería posible en un plazo no superior a los 7 años si se tomara ahora la decisión de avanzar por esa vereda.

Verdaderamente el despliegue auspiciado en la actualidad por Caspar Weinberger y otros dentro y fuera de la Administración americana no contempla unas defensas ni totales ni perfectas como las soñadas por Ronald Reagan en su día, sino que busca unos sistemas limitados tanto en su arquitectura como en sus objetivos. Unos sistemas factibles, realizables y a los que, como se arguye, se podrían ir sumando nuevas capas protectoras a fin de dotar a la defensa de más y más eficacia.

Sin embargo, las ideas que están en la base de quienes abogan por un despliegue anticipado de la SDI son de índole diversa. En primer lugar tecnológica: el Pentágono y la Organización de la SDI han tenido que reconocer finalmente que las tecnologías "exóticas" que tan prometedoras se habían considerado hace tres años, se encuentran en un estadio de investigación y desarrollo relativamente atrasado mientras que las tecnologías más "tradicionales" se revelan de una maduración mucho más rápida; en segundo lugar estratégica: así como en sus comien-

zos el Presidente había orientado el programa americano a la búsqueda de defensas casi perfectas con el objetivo de salvar la población de una destrucción asegurada, ahora se efectúa una revalorización de las defensas limitadas que persigan más el reforzamiento de la disuasión nuclear que su superación; finalmente política: por un lado, el Pentágono ha venido sufriendo un creciente criticismo hacia la SDI en el Congreso americano que ha llevado a éste a recortar sustancialmente los fondos destinados al programa en los dos últimos años. Por otro, las perspectivas de que la próxima Administración sea demócrata y reticente ante el desarrollo del programa y de que el futuro presidente de los Estados Unidos se sienta mucho menos comprometido personalmente con la SDI.

No es extraño, pues, que un despliegue anticipado de unas defensas limitadas, a base de tecnologías no "exóticas", se ofrezca ahora como una fórmula estratégica razonable. Su viabilidad técnica borraría la polémica científica sobre el programa; su visión de garantizar la supervivencia de las fuerzas estratégicas acallaría a quienes son partidarios de mantener la disuasión nuclear tal y como se ha entendido tradicionalmente; su coste abordable haría que el Congreso no pusiera grandes pegas; y que se tomara la decisión hoy comprometería a la próxima administración en el desarrollo del programa, fuese cual fuese su color político y haría prácticamente imposible que el nuevo inquilino de la Casa Blanca echara marcha atrás en el tema SDI.

Lo que no se suele señalar es precisamente ésto, que la opción de despliegue anticipado para el año 1992 responde más a los problemas

políticos domésticos del propio Pentágono que a los retos estratégicos presentes. Ni que el despliegue anticipado es más bien un despliegue prematuro que acabaría con el ideal reaganiano del escudo espacial y que complicaría las relaciones de los EE.UU. con sus aliados y, lo que es peor, que pondría en peligro el tímido clima de acuerdo que parece abrirse paso entre americanos y soviéticos.

¿Qué queda de la SDI?

A dos años del final de la fase de investigación sobre las defensas antimisiles nadie sabe todavía qué clase de sistema defensivo puede resultar, con qué alcance, con qué efectividad, a qué precio ni con qué elementos. Sobre lo que sí hay un generalizado consenso es sobre la inviabilidad técnica de la idea de Ronald Reagan de "volver inútiles y obsoletas" las armas nucleares. Igualmente crece el acuerdo sobre la indeseabilidad de tal visión desnuclearizadora.

No obstante, la SDI se ha venido definiendo oficialmente como un programa cuyo fin era la evaluación de un sistema defensivo que anulara la amenaza de los misiles balísticos intercontinentales, interceptándolos y destruyéndolos en cualquiera de las fases de su vuelo, a saber, durante la combustión, la postpropulsión, la trayectoria media o la reentrada.

A tal fin, la SDI se imponía investigar tres familias básicas de componentes: en primer lugar todo lo referente a la vigilancia, detección y seguimiento de los misiles (sensores, etc.); en segundo lugar los mecanismos de destrucción (de energía dirigida como láser y haces de partículas y de energía cinética, el cañón electromagnético y otros cohetes químicos hiperveloces y de alta

precisión); en tercer lugar el cerebro y los nervios de tal sistema, los computadores y los sistemas de transmisión de las informaciones.

Mediante una estratificación en diversas capas se preveía que el "escudo espacial" complementado por una capa terminal instalada en tierra haría frente eficazmente a más del 90% de las cabezas enemigas.

Independientemente de la viabilidad de este esquema, duramente criticado en todos sus aspectos, el despliegue prematuro de la SDI se presenta como una limitación del sistema defensivo, en sus medios y en sus objetivos.

que el mismo grado de eficacia puede lograrse a través de el resto de sistemas más tradicionales.

En concreto, los científicos que han redactado el informe del George Marshall abogan por una defensa con tres capas: la primera emplazada en el espacio a base de pequeñas estaciones de cohetes interceptores de propulsión química pero dotados de sensores de alta precisión. Orbitarían permanentemente sobre la URSS para estar en posición de tiro al lanzamiento de los ICBM soviéticos. La segunda y tercera capas estarían basadas en tierra y contarían con misiles ultra-

rápidos pero se diferenciaría del mismo por una visión más pesimista acerca de las posibilidades de colocar los cohetes interceptores en órbita, minimizando su gran vulnerabilidad y en un número suficiente pero no demasiado caro.

De esa forma, los oficiales de Hunstville preconizan una arquitectura de dos capas, ambas emplazadas en tierra y utilizando misiles ultrarrápidos pero de corte clásico. En concreto, se trataría del ERIS (por sistema interceptor exoatmosférico), un misil que transportaría en un tiempo breve una cabeza inerte hasta una altitud superior a los 100 km. y que, gracias a sensores fríos, sería conducida hasta colocar morro contra una cabeza nuclear enemiga antes de entrar en la atmósfera. Un segundo sistema llamado HEDI (por interceptor endoatmosférico a gran altitud) tendría que vérselas con las cabezas que hubieran sobrepasado la primera capa defensiva. Dada la dificultad en conseguir el impacto directo del misil defensor, su cabeza iría esta vez cargada con explosivo convencional.

La mayor dificultad que se encuentra en la capa más elevada radica en la discriminación de las cabezas enemigas de los señuelos. Para ello se está experimentando con un sistema aerotransportado de sensores infrarrojos sensibles a espectros fríos y que por ahora se llama AOA (por adjunto óptico aerotransportado) y que acabará denominándose AOS (por sistema óptico aerotransportado) al ir instalado en un avión Boeing 767 especialmente modificado. Para la defensa endoatmosférica las contrariedades se derivan del roce del misil con el aire, que "ciega" los sistemas de guiado, y de la imposibilidad de hacer frente a las futuras cabezas dotadas de maniobrabilidad.

En cualquier caso ambas propuestas coinciden en su relegamiento de los sistemas "exóticos" y, por tanto, del fin último de una defensa casi perfecta.

De hecho, y aunque la Casa Blanca sigue presentando la SDI como una investigación altamente innovadora y futurista, los presupuestos para 1988 ven un espectacular aumento del dinero destinado a armas de energía cinética en detrimento del resto de sistemas para los que por primera vez no se pide una ración mayor en el reparto del dinero. Es más, los láseres y demás armas de energía dirigida ven aumentar su presupuesto sólo en unos pocos casos y en general por debajo del nivel de inflación, esto es, sin experimentar un crecimiento en términos reales.



Interceptores Galosh de misiles antibalísticos.

En efecto, la propuesta más optimista hecha pública por el Instituto George Marshall en el invierno de este mismo año en un informe que lleva por título *Las defensas antimisiles en los años 90*, supone un giro radical en la concepción de la SDI.

Aún manteniendo la visión de una defensa que proteja a la población y que, por lógica, deba resultar altamente eficaz, se constata que los medios más deseables para acabar con los misiles de una manera rápida y a gran distancia, los láseres y otras armas "exóticas" no van a experimentar los avances requeridos para su uso en el espacio como armas defensivas, pero se defiende

rápidos y de guiado de precisión, una intercepción se realizaría por impacto fuera de la atmósfera y la capa más baja vendría asegurada por cohetes cargados con explosivo químico que harían frente a las cabezas en su reentrada. Todo ello contaría con computadores y sensores-discriminadores en el espacio.

En realidad la defensa antimisiles que se está seriamente investigando de la mano del Mando del Ejército de Tierra para la Defensa Estratégica en Hunstville, Alabama, consiste en un sistema todavía más reducido: se está de acuerdo con el Informe Marshall en la dificultad de emplear a medio plazo láseres y haces de par-



El F-15 "Eagle", uno de los más poderosos interceptadores actuales.

Además, a diferencia del dinero para armas "exóticas" que se invierte en investigación básica, las sumas para armas cinéticas se gastan en una gran proporción en la experimentación y desarrollo, lo que conlleva que los problemas están ya más controlados aquí y que las dificultades podrán ser subsanadas más fácilmente. O lo que es lo mismo, que una defensa limitada puede que sí sea realizable dentro de pocos años de concentrarse los esfuerzos en un sistema tradicional mejorado pero nada fantástico.

¿Defensas limitadas para qué?

Los Estados Unidos tuvieron durante los primeros años 70 su sistema antimisiles que defendía la base de ICBM de Grand Forks, sistema que dismantelaron un año después de llegar a ser operativo. La URSS mantiene en funciones su sistema antimisiles *Galosh* alrededor de Moscú, actualmente en plena modernización bajo los supuestos legales del Tratado ABM de 1972.

Nadie duda de la posibilidad de defensas limitadas. No es ese el debate a pesar de ser lo que se discute hoy alrededor de la propuesta de despliegue anticipado de la SDI. En efecto, lo que el Pentágono viene

a decir se resume fácilmente: no se trata de investigar si podemos hacer lo que queremos (las defensas perfectas que defendió Reagan) porque lo que queremos hacer es lo que podemos hacer con lo que ahora tenemos (las defensas parciales).

De ahí que lo que deba considerarse seriamente sea la deseabilidad de desplegar unas defensas de tal tipo, y no otra cosa.

El Pentágono y algunos expertos afirman que las defensas limitadas (limitadas en su alcance y en su eficacia) servirían para garantizar la supervivencia de las autoridades nacionales de mando, encargadas de dar la orden de represalia, los centros de mando, control y comunicaciones, necesarios para difundirla, y unos pocos misiles, depositarios últimos de la realización de la misma. Su despliegue imposibilitaría así un primer golpe enemigo al asegurar la capacidad de represalia. Esto es, añadirían estabilidad a la disuasión.

Sin embargo, el Pentágono olvida que las defensas limitadas por su naturaleza requieren de sustanciales acuerdos de limitación de armamentos para no ser fácilmente saturadas. Y que su despliegue, máxime si es anticipado, sólo conllevaría el empeoramiento del clima político EE.UU.-URSS volviendo casi imposible tal acuerdo.

El Pentágono también dice que las defensas podrían ser eficaces de cambiarse la política de blancos: dejar de apuntar a los misiles del enemigo para volver a una estrategia anticuadas. Pero olvida mencionar cómo se lograría esto.

Es más, si la viabilidad real de las defensas limitadas depende de acuerdos políticos sobre control de armamentos o por un cambio en las estrategias mutuamente acordado, ¿para qué se quieren entonces las defensas alrededor de los silos de ICBM si éstos ya no se encuentran directamente amenazados?

Sea como fuere, lo verdaderamente paradójico es que el Congreso, mayoritariamente opuesto a un despliegue prematuro y partidario de mantener la SDI en su fase de investigación, al negarse a financiar los aspectos más futuristas de la SDI y pidiendo resultados concretos en su celo fiscalizador, conduce a una maduración acelerada de las tecnologías claves para las defensas limitadas y, sorprendentemente, alimenta las esperanzas de los defensores del despliegue para 1992.

Sólo cabe esperar que el Congreso, quien tiene la llave última del programa a través de los presupuestos, se pregunte finalmente para qué las defensas. Máxime si no van a proteger a los contribuyentes. ■